

El diagnóstico de la modernidad de Georg Simmel: un catálogo de singularidades

Georg Simmel's diagnosis of modernity: a catalog of singularities

Lionel Lewkow

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Universidad de Buenos Aires, Argentina

lionellewkow@gmail.com

Recibido: 27/08/2024

Aceptado: 20/12/2024

Formato de citación:

Lewkow, L. (2025). El diagnóstico de la modernidad de Georg Simmel: un catálogo de singularidades. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 107, 46-63, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/lewkow5.pdf>

Resumen

Uno de los hilos conductores de los diagnósticos de la modernidad que propuso la sociología es la tendencia creciente a la racionalización. Muchas veces, como un fenómeno marginal, la singularidad constituye un punto de fuga en el horizonte de la erosión de los aspectos cualitativos de la vida humana. El objetivo de este artículo es enfocar este tópico a través del lente de Georg Simmel. De tal modo, propongo que el sociólogo no solo teorizó la singularidad personal, *i. e.*, la individualidad humana, como sugiere una interpretación tradicional de su obra. También enfocó la singularidad de los grupos pequeños, y de ciertas formas del tiempo —es el caso de la aventura— y el espacio —es el caso de Roma—. A su vez, Simmel reflexionó sobre el amor, como vínculo social excepcional, que rompe con el anonimato. Esta perspectiva se completa con su punto de vista sobre la obra de arte.

Palabras clave

Sociología clásica, modernidad, racionalización, singularidad, individualidad.

Abstract

One of the guiding threads of the diagnosis of modernity that sociology outlines is the increasing tendency to rationalization. Many times, as a marginal phenomenon, singularity constitutes a vanishing point in the horizon of the erosion of the qualitative aspects of human life. The aim of this article is to focus on this topic through the lens of

Georg Simmel. Thus, I propose that the author not only theorized the personal singularity, *i. e.*, the human individuality, which is a perspective suggested by a traditional interpretation of his work. He also focused on the singularity of small groups, and of certain forms of time –the case of the adventure– and space –the case of the city of Rome–. Besides, Simmel reflected on love as an exceptional social link that breaks anonymity. This perspective is completed by his point of view of the work of art.

Keywords

Classical sociology, modernity, rationalization, singularity, individuality.

1. Introducción

El avance de la racionalidad instrumental es un elemento nodal de la vida social moderna. Las obras de Georg Simmel y Max Weber muestran diferentes aristas de este fenómeno: el intelectualismo de la grandes ciudades, la difusión de la economía monetaria, el primado de la explicación científica y técnica del mundo, la orientación empresarial basada en el cálculo contable, así como la burocratización creciente de las administraciones pública y privada, son factores centrales de este *Zeitgeist*. La estandarización u homogeneización puede considerarse un denominador común de estas facetas de la racionalidad triunfal. No obstante, como un fenómeno paralelo y, muchas veces, disruptivo, aparece en los escritos de los dos sociólogos la impronta de la singularidad: del ser humano individual, pero también del nexo erótico, de la obra de arte, de la vivencia aventurera y del liderazgo carismático, por mencionar algunas expresiones del fenómeno.

A propósito, en este ámbito de reflexión, Walter Benjamin (2019 [1936]) elaboró la teorización más conocida y discutida: la noción de “aura” define a la obra de arte a partir de su aquí y ahora, su presencia única, como entidad inscrita en una tradición, un contexto de sentido. Estas connotaciones ponen en contradicción al hecho artístico y su reproducción técnica, otra de las aristas del racionalismo moderno.

Recientemente, Andreas Reckwitz (2017) propuso un diagnóstico de la modernidad tardía en el que el tema de la singularidad pasa a primer plano y toma el lugar que, en teorías sociológicas previas, ocupaba el proceso de la racionalización y la consecuente pérdida de lo cualitativo. La sociedad actual está caracterizada por la “lógica de lo singular”: las personas buscan ser valoradas en las redes sociales (Instagram, Tiktok, etcétera) como seres humanos únicos; las empresas tratan de ofrecer objetos que no solo sean un medio para la satisfacción de necesidades, sino que transmitan un sentido ético, estético, lúdico y/o narrativo; las metrópolis globales intentan atraer turistas a través del desarrollo de un “*city branding*”. En este contexto, la “lógica de lo general” –vinculada a la racionalización, devenida digital– pasa a la retaguardia y se convierte en una infraestructura para el despliegue de las singularidades: Internet funciona como un mercado de competencia por la visibilidad y la valoración, en breve, por destacarse.

Con este telón de fondo, el propósito de este artículo es enfocar el tema de la singularidad a partir de la perspectiva de Simmel, para mostrar algunas de las modalidades de este fenómeno que aparecen en sus escritos. En este marco, ha de notarse que la situación del individuo moderno es un tema medular en la obra del teórico alemán. Con razón, Émile Durkheim (1995 [1893]) sostuvo que en *Sobre la diferenciación social*, el primer libro sociológico de Simmel, el problema es el “*proceso* de individualización” (p. 55). En efecto, Simmel (2017 [1890]) mismo destacó en el capítulo introductorio de esta obra que este es el tópico de su abordaje

sociológico: “En contraste con los movimientos de la totalidad del grupo que se ofrecieron al pensamiento como el objeto más cercano, las siguientes reflexiones tienen que bosquejar, en lo fundamental, la posición y el destino del individuo” (p. 55). A propósito, recientemente, Hans-Peter Müller (2018) señaló que Simmel es “el filósofo y el sociólogo de la modernidad y la individualidad” (p. 296. Mi traducción). No obstante, sostengo que, si nos quedamos con este núcleo de su pensamiento, podemos perder de vista que el clásico alemán, aunque en menor medida, también se interesó por otras formas de la singularidad. De hecho, enfocó la excepcionalidad de algunos entes colectivos pequeños y compactos. Asimismo, dio cuenta del tiempo único de la aventura y de la espacialidad extraordinaria de las ciudades italianas, en especial, Roma. Por otro lado, teorizó el amor como un vínculo social excepcional. Y completa este cuadro el tratamiento que bosquejó sobre la obra de arte. De tal modo, ha de señalarse que en Simmel hay un gama amplia de entidades excepcionales. Este artículo intenta componer un catálogo de las singularidades que desentrañó el sociólogo clásico. En este sentido, en segundo lugar, propongo que, en Simmel, lo particular se presenta como un fractura de la racionalización creciente, con excepción de la individualidad que se posiciona en un punto medio entre lo racional y lo irracional. En tercer lugar, evidencio que los fenómenos singulares que aborda Simmel se constituyen a partir de elementos subjetivos y objetivos, pero señalo ciertos matices: algunas formas de lo particular tienen, sobre todo, un anclaje en la subjetividad, como la aventura, el amor y la espacialidad única de la urbe romana, que son modos de vivenciar la realidad, mientras que otras, centralmente, son el emergente de factores objetivos, como sucede con la individualidad de la persona y la peculiaridad del pequeño grupo. En este campo, el arte es un fenómeno con notas propias: sus condiciones de posibilidad no pueden situarse ni en un polo ni en el otro. El hecho estético surge del reflejo del sujeto en el objeto. Como mostraré en este artículo, en muchos de estos fenómenos, asimismo, el ser humano encuentra destellos de sentido contrarios a la vida incolora del día a día: lo ético, lo estético, lo lúdico, lo sensual. Por último, argumento que la mayoría de los fenómenos singulares que el pensador alemán examinó tienen un denominador común: la relación –en palabras de Simmel, el “efecto recíproco” [*Wechselwirkung*]– de lo diverso. La individualidad humana, v. gr., es resultado de membresías sociales plurales y heterogéneas, cuya combinación es única en cada caso. De todos modos, hay situaciones especiales: por un lado, los pequeños grupos compactos son internamente homogéneos; por otro, si bien la peculiaridad del entorno ciudadano romano radica en la unidad de lo diverso y lo mismo se puede decir de la obra de arte, se agrega a estas entidades singulares el valor de la escasez. Individuos somos todxs,¹ Roma hay una sola, del Moisés de Miguel Ángel hay un único original...

En las páginas siguientes, arrancaré por examinar el concepto de individuo, en concreto, el tema de la singularidad personal y grupal. A paso seguido, mostraré otras formas de la singularidad, que van más allá del marco estrecho de la noción de individuo, comenzando por la unicidad de la obra de arte. Luego, enfoco la peculiaridad espacial y temporal, o sea, la vivencia extraordinaria de la urbe romana y de la aventura. Hecho esto, daré cuenta del vínculo amoroso que, en la mirada de Simmel, tiene un carácter disonante frente al anonimato moderno y da lugar a diversas formas de la singularidad: de las personas, del nexos que forman entre ellas y del encuentro erótico. Como cierre del artículo, destaco los aspectos centrales tratados en estas páginas.

¹ Utilizaré la “x” como forma de escritura inclusiva. Excepcionalmente, emplearé el femenino y el masculino al mismo tiempo, cuando no sea posible utilizar la “x”. Solo se conservará el uso del masculino en sentido general en las citas textuales.

2. La noción de individuo

El clásico alemán diseccionó el tema de la individualidad en numerosos textos, desde diferentes ángulos. Así, pueden distinguirse tres enfoques en su obra. Por un lado, en *Cuestiones fundamentales de sociología* (Simmel, 2003 [1917]), su última obra sociológica, el berlinés se aproximó al problema a partir de una óptica histórica. En la modernidad, asistimos a dos formas de individualismo: el de la igualdad o “cuantitativo”, del siglo XVIII, y el de la diferencia o “cualitativo”, del siglo XIX. El primero está representado, centralmente, por la filosofía kantiana, en la que, tanto en términos éticos como epistemológicos, la individualidad se estructura en torno a un núcleo idéntico en todos los seres humanos, *i. e.*, el yo trascendental. El segundo se expresa en la perspectiva del romanticismo, óptica en la que la médula de la individualidad está dada por el carácter único e inconfundible de cada persona. Por otra parte, en *Intuición de la vida*, Simmel (2001 [1918]) bosquejó un abordaje metafísico del tema. En este marco, propuso la noción de “ley individual”, tratando de sintetizar las dos concepciones históricas mencionadas. De tal modo, como planteó el criticismo, hay una ley que configura la individualidad, un lineamiento ontológico que define al ser humano. Pero no se trata de una norma universal, sino –recuperando el interés del romanticismo por la excepcionalidad– de una ley que se aplica al caso único, o sea, una “ley individual”. Junto a la concepción histórica y la mirada metafísica sobre el individuo, por último, hay en Simmel una perspectiva sociológica del problema de la individualidad, desarrollada en *Sobre la diferenciación social* (Simmel, 2017 [1890]), así como en escritos posteriores (Simmel, 2022 [1892/93]; 2014 [1908]). En esta óptica me detendré a continuación. De hecho, considero que se trata del enfoque simmeliano más fértil sobre la noción de individuo, en tanto apunta no solo a la peculiaridad personal, sino también a la particularidad del grupo pequeño y compacto, incorporando otra dimensión de la singularidad. Como señala Reckwitz (2017) en *Die Gesellschaft der Singularitäten [La sociedad de las singularidades]*, texto que recuperaré en diversos momentos: “Simmel [...] relaciona el concepto de lo individual no solo con sujetos, sino también con círculos sociales” (p. 57. Mi traducción). Obsérvese: esta concepción de la individualidad abona la propuesta de este artículo, en otras palabras, a Simmel le interesó la singularidad del ser humano, pero también la excepcionalidad grupal, entre otras modulaciones del fenómeno. Veámoslo en detalle.

2.1. La peculiaridad humana

El concepto de “cruce de los círculos sociales” es la herramienta conceptual que Simmel (2017 [1890]; 2022 [1892/93]; 2014 [1908]) forjó para echar luz sobre la génesis de la individualidad en términos sociológicos. En concreto, es característico en la modernidad que se multipliquen las pertenencias grupales. De tal modo, las personas tienen que esforzarse por conciliar prácticas heterogéneas: son integrantes de una familia, desarrollan un rol profesional, son parte del público del arte, son votantes, etcétera. Se trata de membresías sociales que, en cierto grado, no están coordinadas entre sí y se acumulan en la biografía de cada persona de manera contingente. Esta pluralidad de roles, que asume un miembro de la vida colectiva, compone –Simmel (2017 [1890]) *dixit*– un “sistema de coordenadas” (p. 193), que, al aumentar la cantidad de grupos de pertenencia, difícilmente se repita en otra persona. El individuo es una entidad puramente relacional, carece de sustancia propia, no es más que la intersección de sus membresías sociales. Por tanto, la singularidad personal es resultado de este “cruce de los círculos sociales”.

Vale la pena hacer un alto aquí. En primer lugar, a diferencia de otras formas de la singularidad que trataré en este artículo, el acaecer de lo individual no es disonante frente a la tendencia moderna a la racionalización, lo que es más, es una de sus manifestaciones, aunque no por completo, como se verá en breve. De hecho, el individuo surge a partir del cambio de la forma de la estructuración de los grupos. Antes de la modernidad, la persona era parte del entorno social en el que lo había colocado el azar del nacimiento. A su vez, el lazo de parentesco definía todas las inscripciones sociales de la persona. Los grupos premodernos se organizaban en la forma de círculos concéntricos, como si fuesen capas de una cebolla: la inclusión en el grupo pequeño condicionaba la inclusión en los grupos más grandes. Por ejemplo, en la Edad Media, la pertenencia al gremio de artesanos se heredaba de generación en generación. En contraposición, los grupos modernos no se configuran, ante todo, por el condicionamiento biológico, sino por un “principio racional y objetivo”, sostiene Simmel (2017 [1900], p. 211). Las personas participan de contextos colectivos, hasta cierto punto, libremente elegidos. De ahí que las membresías sociales se conjuguen de maneras heterogéneas en cada caso, dando lugar al matiz de lo individual. La racionalidad de este principio de vinculación social consiste en la superación del determinismo natural. Los integrantes de cada grupo se aglutinan alrededor de un elemento objetivo compartido y elegido: un interés, una actividad, una afición, etcétera. Ahora bien, aunque la individualidad personal es fruto de una racionalización de los modos de conexión social, la combinación que se da en cada caso es incalculable. Este es el componente irracional de la constitución de lo individual, *i. e.*, su carácter sorpresivo, inesperado, fortuito. De tal modo, la conformación de la singularidad humana está en el punto medio de lo racional y lo irracional.

En segundo lugar, como resultado del “cruce de los círculos sociales”, la individualidad no constituye una extravagancia ni es el privilegio de una clase social. Igualmente, no requiere un trabajo por parte de la persona para estilizarse y presentar su excepcionalidad ante otros: individuos somos todos. Cada ser humano moderno, por el mero hecho de participar en una multiplicidad de grupos, que se combinan de manera aleatoria, es único e irrepetible. La singularidad personal es, por así decirlo, una cualidad equitativamente distribuida. Se trata de una condición existencial general del ser humano moderno asumir una forma individual, desde luego, en cada caso única. Como propuso Simmel (2017 [1890]), hay aquí “una igualdad formal: si cada uno es especial, en este aspecto, es igual a todos los otros” (p. 117). Se podría decir que esta forma de la individualidad, que define a las personas sin excepción, capta una dimensión fundamental del concepto moderno de lo humano. En efecto, en la modernidad, en sentido ético y jurídico, todos somos individuos. En concreto, somos sujetos de derecho y –con algunas situaciones excepcionales, por ejemplo, en casos de falta de salud mental– somos responsables por nuestras acciones u omisiones. Incluso así, estas afirmaciones se pueden complejizar en dos sentidos. Por un lado, con menor peso que este elemento objetivo-estructural que nos individualiza a todos, aparece en Simmel un componente subjetivo-valorativo, menos desarrollado que el análisis del “cruce de los círculos sociales”, pero omnipresente en sus textos: Simmel (2017 [1890]) sostiene que “el ser humano [...] es un ser de diferencias” (p. 250). Este aspecto concierne a la concepción antropológica del sociólogo. Pues considera que el ser humano se ve más atraído por la heterogeneidad que por la homogeneidad: “Como un hecho y una tendencia la igualdad con los otros [...] no tiene menor relevancia que la diferenciación”, no obstante, “[e]s como si cada individuo solo sintiera su importancia de manera tan intensa en la oposición con otros” (Simmel, 2017 [1890], pp. 141-142). Se puede inferir que, aunque las estructuras sociales modernas producen individuos,

también hacemos un esfuerzo por destacarnos sobre el resto y, a su vez, lxs demás se ven atraídxs por seres humanos que se diferencian. Por otro lado, a propósito de la fascinación por la diferencia, el análisis simmeliano de la moda muestra otra faceta del proceso de la individualización. Si se atiende a los consumos culturales, la singularidad personal no es una cualidad distribuida de manera igualitaria. Como observó Simmel (2002a [1911]), “[l]a moda es [...] un producto de la división en clases” (p. 45). En este terreno, la persona se distingue, pero como parte de la cúspide de la pirámide social, de hecho, “los estratos superiores constituyen la auténtica sede de la moda” (p. 53). Esto indicaría que, en la modernidad, hay una lucha por la individualización: lxs integrantes de las clases altas se diferencian y cohesionan a través de sus consumos culturales y, en la medida en que se difunden en la totalidad social, pasan a otros consumos. De tal forma, la individualidad adquiere una connotación estética. En suma, en sentido ético y jurídico, individuos somos todxs, mientras que, en sentido estético, unxs más que otrxs. La individualidad, en esta última acepción, es un privilegio, una marca de estatus.

Pero retomando el análisis del “cruce de los círculos sociales”, ha de agregarse, finalmente, que la manera en que el berlinés echó luz sobre el tema de la individualidad constituye una clave teórica para examinar otras formas de lo singular en su obra. Como señalé con anterioridad, el individuo es una entidad reticular. Es producto del nexo –en términos simmelianos, el “efecto recíproco”– entre elementos heterogéneos y, muchas veces, contradictorios, en el caso analizado, membresías sociales. Por ejemplo, también en la interpretación que hace Simmel de la urbe romana, como entorno espacial singular, encontramos el “efecto recíproco” entre elementos diversos –por mencionar algunos, arquitectura clásica y medieval– aunque no refiere el sociólogo a esta ciudad como una individualidad. Lo examinaremos luego.

2.2. El individuo colectivo

Simmel no utilizó el concepto de individuo solo para dar cuenta de la singularidad personal moderna, sino también para perfilar las características de algunas entidades colectivas. En efecto, en sus escritos, habitualmente, refiere al átomo humano como individuo, es decir, la persona con un cuerpo y una conciencia, que funcionan como una membrana frente al exterior. Incluso así, el autor también recurrió a la noción de individuo para hacer alusión a grupos de dimensiones modestas, que, como un todo, pueden considerarse una individualidad, o sea, un ente singular. Se trata de colectivos estrechos y compactos, que, por un lado, ponen un coto a la heterogeneidad de sus integrantes, y, por otro, se distinguen de manera tajante frente a grupos ajenos. Como se lee en Simmel (2017 [1890]), “la individualidad del grupo pequeño excluye [...] la individualidad de las personas” (p. 106). Entonces, el “individuo colectivo” (p. 109) se constituye de un modo distinto a la peculiaridad de la persona y, asimismo, es contrastante con otras formas de la singularidad que se verán más adelante. La individualidad grupal no es una síntesis de elementos heterogéneos –aspecto que Simmel ilumina con los conceptos de “efecto recíproco” y “cruce de los círculos sociales”– sino de unos pocos componentes homogéneos, articulados de manera estrecha. No obstante, este modo de la singularidad, como la del ser humano moderno, está definido, sobre todo, por un aspecto objetivo: es el número escaso de integrantes el que convierte a un nexo social en un “individuo colectivo”. Por el contrario, en los grupos grandes, especialmente, en el contexto ciudadano moderno, hábitat de las masas, es donde hay lugar para la singularidad personal. En estas circunstancias, sin embargo, el grupo carece de rasgos marcados, o sea, no constituye un “individuo colectivo”.

Entonces, hay dos situaciones posibles: “[P]or un lado, el todo tiene un carácter individual, pero sus partes son muy similares entre sí y, por otro, el todo es más

descolorido [...], pero sus partes se diferencian entre sí de manera intensa” (Simmel, 2017 [1890], p. 107). La noción simmeliana de individuo incluye esta polisemia, alude a la peculiaridad de cada ser humano moderno, pero también a algunas configuraciones grupales, donde se dan lazos estrechos entre pocxs integrantes y la individualidad de cada unx queda desdibujada en virtud de la cerrazón del conjunto. Ciertamente, en la óptica simmeliana, la urbe moderna está definida por la hegemonía del racionalismo, el trato calculante con las cosas y las personas; la indolencia, como incapacidad de reaccionar a las diferencias que presenta la realidad; y la reserva, en tanto actitud distante y hostil frente a lxs demás. Por el contrario, el autor considera que el carácter de las zonas rurales y las pequeñas ciudades “se sitúa más bien en el sentimiento y en las relaciones conforme a la sensibilidad” (Simmel, 1998 [1903], p. 248). Aunque, por supuesto, se trata de una simplificación, ha de observarse que en el grupo de pocxs integrantes priman los lazos emocionales: fenómenos como, *v. gr.*, el orgullo y la reivindicación de la localía en los parajes de provincia pueden interpretarse en este marco. Aquí la particularidad –antes bien, el particularismo– tiene un sentido eminentemente afectivo. No obstante, Simmel no reivindica estos lazos comunitarios como una forma de morigerar la alienación moderna, lo cual lo ubicaría en las filas de un antimodernismo conservador. Por el contrario, el entorno urbano moderno, con sus luces y sombras, es el *locus* del pensamiento de Simmel y preservar la individualidad de las personas frente a la pérdida de lo cualitativo constituye una de sus mayores preocupaciones. Y es este marco citadino el más propicio para el despliegue de la individualidad: el anonimato permite un retraimiento del yo que no es posible en los pequeños grupos. Un despliegue positivo de la individualidad, o sea, la autorrealización personal, será uno de los temas del Simmel (2001 [1918]) tardío, que propone una “ley individual”, como trazo ideal del ser de cada unx.

A modo de cierre de esta sección, recurriré al planteo de Reckwitz (2017), quien establece algunas objeciones frente a la noción de individuo. Así, por un lado, sostiene que esta noción es indefinida: “Georg Simmel [...] habló de un [...] individualismo moderno de la igualdad y la generalidad en la tradición racionalista y lo colocó junto al individualismo de lo particular en la tradición romántica” (Reckwitz, 2017, p. 57. Mi traducción). En esta indeterminación radica uno de los motivos para que el sociólogo descarte el concepto de individuo, ya que busca un término que recorte con precisión quirúrgica solo los fenómenos peculiares. En efecto, como advierte Reckwitz, haciéndose eco de Simmel, la idea de individuo también puede dar cuenta de un componente estandarizado como núcleo de lo humano. Esta es la variante del individualismo que cristalizó en la filosofía kantiana. De tal modo, no va a hablar de la individualidad, sino de la singularidad. A propósito, por otro lado, sostiene que la noción de individuo, en cierto sentido, es demasiado estrecha, dado que suele referir solo a sujetos humanos, aunque Simmel incluya también entidades colectivas bajo este paraguas conceptual. Esta es otra de las razones para que Reckwitz descarte el concepto de individuo. El tema del análisis reckwitziano va a ser una dinámica social más vasta, una “lógica de lo singular”, que arrastra en su cauce a diferentes “unidades sociales”, a saber: seres humanos y colectivos, pero también objetos, temporalidades y espacialidades. No es relevante mostrar ahora cómo, según este sociólogo, estas entidades toman la forma de lo singular en la modernidad tardía. Volveré más adelante al planteo de Reckwitz para desarrollar algunos de sus aspectos y vincularlo al enfoque simmeliano, sin embargo, lo introduzco aquí solo para despertar una inquietud: más allá de la noción de individuo, ¿hay en la obra del berlinés otros fenómenos que adopten el matiz de lo excepcional? Efectivamente, como mostraré a continuación, en ciertas formas objetuales, espaciales y temporales, que desentrañó Simmel, destella lo singular.

3. La unicidad de la obra de arte

En una modernidad donde prima la estandarización, el campo del arte representa una de las últimas fuentes del sentido. Aunque en la economía capitalista el objeto estético constituye un activo financiero y se transforma en moneda de cambio, su significación trasciende al precio que se paga en una subasta. Así, en su conocido Excurso, Weber (1987 [1920]) sostiene que, en la modernidad, “[e]l arte adopta de algún modo la función de una *redención* intramundana: redención de la cotidianeidad y, sobre todo, de la presión creciente del racionalismo teórico y práctico” (p. 545. Énfasis en el original). A su vez, la Escuela de Frankfurt, en especial, Theodor Adorno encontró en el hecho estético similares connotaciones críticas, pero solo en ciertas expresiones del arte: en la formas de composición musical dodecafónicas, pero también en la pintura, que en una mimesis con una realidad capitalista lúgubre, adopta como tono predominante el negro y el valor estético de lo feo (Adorno, 1983 [1970]).

En la óptica de Simmel, el hecho artístico pone un freno a la marcha de la racionalidad instrumental. En contrapunto con las mercancías y la mayor parte de las producciones humanas modernas, considera el berlinés que la obra de arte –al no ser resultado de la división del trabajo– es aquel objeto en que el sujeto se ve reflejado. La creación estética, hasta cierto punto, contrarresta la alienación moderna en tanto suaviza la “tragedia de la cultura”, esto es, el diferendo entre la “cultura subjetiva” y la “cultura objetiva” (Simmel, 2002b [1911]). En el arte se reencuentran los seres humanos con el mundo que crean. La obra de arte es un hecho excepcional, porque lleva la impronta subjetiva de una individualidad única: el “genio creador” (Simmel, 2002b [1911], p. 335). Al respecto, ha de notarse que, en los escritos de Simmel, la personalidad única de los grandes nombres de la historia del arte –Goethe, Rembrandt, Miguel Ángel, son algunos de los artistas sobre los que reflexionó el berlinés– no está explicada de modo sociológico. Antes bien, el carácter descolante de la individualidad artística parece consistir en una idiosincrasia que no es resultado de la vida colectiva. Tal vez, una interpretación sociológica del “genio creador”, en la óptica simmeliana, implicaría una suerte de “profanación”, rebajar a lxs artistas al plano secular de cualquier mortal. Desde luego, en el presente, no se podría sostener, en términos sociológicos, una perspectiva de la producción artística que se apoye en la idea del “genio creador”, de un don innato de la persona, ya que está noción supone un sustancialismo. Pues, ¿cómo se consagran lxs artistas? ¿Qué lugar tienen lxs críticos? ¿Qué papel juega el público del arte? ¿Cuál es el rol de los espacios de exposición? La obra artística es enfocada por Simmel en el marco del vínculo sujeto-objeto, dejando en la sombra los enlaces intersubjetivos que han de examinarse para responder estas preguntas.

Al margen de estas inquietudes, cabe mencionar aquí, al menos sucintamente, un contraste entre Simmel y Benjamin (2019 [1936]), dado que *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* es un ensayo central para enfocar la singularidad del hecho estético. En este sentido, si bien los dos teóricos coinciden en la apreciación de la unicidad de la obra de arte, en las primeras páginas de su escrito, Benjamin (2019 [1936]) deja en claro que no va a recurrir al concepto de “genialidad” (p. 84). El “aura” del fenómeno estético radica en el aquí y ahora en el que se inserta en una tradición que le confiere sentido, contexto que queda diluido con la reproducción técnica de la obra de arte. Dicho esto, desde el punto de vista simmeliano, el objeto estético no es excepcional solo como expresión de una subjetividad peculiar, en cierto modo, sustancializada, sino también en cuanto, en la historia del arte, presenta una constelación inédita de elementos heterogéneos. Como en otros casos, también aquí el “efecto recíproco” es la nota distintiva del fenómeno singular. En su apreciación de la

labor de Miguel Ángel, v. gr., encuentra Simmel (2002c [1911]) que, por un lado, el cuerpo –en el que el arte escultórico griego clásico se centró al retratar la figura humana– y, por otro, el alma –en la que puso énfasis el arte cristiano– logran por primera vez la unidad en las obras del maestro italiano. En las creaciones de Miguel Ángel hay “un pleno equilibrio de contrarios”, advierte Simmel (2002c [1911], p. 214). En ese sentido, si observamos sus piezas escultóricas, una forma en que se manifiesta esta tensión es la contraposición entre el gesto motriz, comandado anímicamente, y la pesadez física, que contrarresta ese impulso. El Moisés, que se encuentra en la basílica de San Pietro in Vincoli, es un claro ejemplo: entre otras cosas, la posición de sus piernas da indicio de que se está por levantar, pero la contundencia del mármol blanco, del que está hecha la obra, le sugiere al público que el movimiento sería imposible. En palabras de Simmel (2002c [1911]),

En las figuras de Miguel Ángel la gravedad que tira hacia abajo y las energías espirituales que tienden a lo alto se acometen con pugnaz dureza, [...] se compenetrán en la lucha, se equilibran, dan lugar a la manifestación de una unidad (p. 219).

Retomando la perspectiva general sobre el hecho estético, ha de señalarse, entonces, que la emergencia de la obra de arte tiene dos componentes: una subjetividad excepcional y la configuración de una entidad –ideal o material– que, en virtud de una combinación única de elementos, se inserta de un modo original en el acervo cultural objetivo de la humanidad. Por tanto, sin pasar por el rodeo del objeto, el sujeto puede perfeccionarse de manera interior, por ejemplo, en el misticismo, pero falta el objeto. Entonces, no hay aquí un fenómeno artístico. A su vez, podemos estar ante una entidad técnicamente insuperable, pero si no es expresión de un sujeto excepcional, es impersonal, de tal modo, tampoco hay aquí un hecho estético. En suma: objetualidad y subjetividad son las condiciones necesarias, ambas con idéntica relevancia, para la génesis del fenómeno artístico. Esto distingue al objeto estético frente a otras formas de la singularidad que tienen un anclaje mayor en uno u otro polo de dualismo sujeto-objeto. Asimismo, hay otro componente específico de la excepcionalidad artística: el valor de la escasez. Mientras que individuos, en cierto sentido, somos todos, del Moisés solo hay un ejemplar original... Utilizando un término que escapa a la letra de Simmel, podría decirse que la obra de arte es una hipersingularidad: es un objeto único, bisagra en la historia humana. La “cultura objetiva” es otra una vez que existen las obras de Miguel Ángel. La escasez que se agrega a este fenómeno singular alude a este carácter trascendente.

Dicho esto, pasaré al análisis de los fenómenos espacio-temporales excepcionales.

4. La peculiaridad espacial y temporal

En el análisis de la aventura, Simmel (2002d [1911]) dio cuenta del instante único, pleno de sentido. Se trata de un presente policromático –lúdico, artístico, sensual– que disloca la solemnidad de la cotidianeidad moderna que el sociólogo diseccionó. Asimismo, al poner el foco en la tríada de urbes italianas –Roma, Florencia y Venecia– Simmel (2007a) echó luz sobre configuraciones ciudadanas, que, por su connotación estética, son disonantes frente a la metrópoli moderna e instrumental de los negocios y los atuendos grises de los *businessmen* y las *businesswomen*.

A continuación, me ocuparé de desentrañar esta temporalidad y esta espacialidad excepcional. Veremos que, aunque Simmel no utilizó el concepto de individuo para interpretar estos fenómenos, uno de los aspectos que los caracterizan, en tanto formas de lo singular, es medular también para su tematización de la individualidad, a saber: el

“efecto recíproco” de elementos heterogéneos. Comenzaré por el tópico del espacio y luego haré lo propio con el problema de la temporalidad.

4.1. La excepcionalidad de la urbe romana

De las ciudades italianas que Simmel retrató con su pluma, hay una de ellas que representa de manera cabal la singularidad que es producto del “efecto recíproco” de elementos heterogéneos: Roma. Por este motivo, dedicaré las siguientes líneas a sus consideraciones sobre la metrópoli romana en el pequeño escrito que lleva por título el nombre de esta ciudad (Simmel, 2007b [1898]), en lugar de detenerme en el conjunto de sus textos sobre las urbes italianas.

A propósito, constituir un espacio donde los opuestos se entremezclan formando un todo es la nota distintiva de la capital del país europeo. Como señaló el sociólogo:

La impresión incomparable de Roma radica en la distancia entre épocas, estilos y personalidades, entre contenidos vitales que han dejado su impronta, amplia como en ningún otro lado del mundo, pero aún así origen de una unidad, una sintonía y una relación que no se manifiesta en ningún otro sitio (Simmel, 2007b [1898], p. 26-27).

Quien haya visitado esta ciudad, sabe inmediatamente a qué se refiere Simmel. Aquí conviven, como capas geológicas, edificaciones de diferentes momentos históricos: la arquitectura imponente de la época clásica –las ruinas del Foro, por ejemplo–, las edificaciones medievales –como la Torre dei Pierleoni–, las construcciones modernas –el Monumento Nazionale a Vittorio Emanuele II– y, en nuestro presente, tardomodernas: locales de *Fast Food*, de Nike, de H&M, etcétera. Sin embargo, es sugerente constatar que la singularidad de Roma no es un mero *factum*, en parte, es una operación discursiva, pues Simmel (2007b [1898]) en una nota al pie de página nos pide la siguiente licencia:

Permítaseme dejar de lado aquella partes de Roma dominadas por una modernidad ininterrumpida y de una fealdad igualmente ininterrumpida; pues por suerte están situadas de manera que afectan relativamente poco al extranjero si éste va con un mínimo de cuidado (p.27).

Dos aspectos han de destacarse. Por un lado, Roma, despojada de sus componentes modernos, ya que, a los ojos de Simmel, trastocan su imagen, aparece en este ensayo como el contrapunto de la Berlín descrita de manera magistral en *Las grandes urbes y la vida del espíritu* (Simmel, 1998 [1903]; Portioli, 2018). La ciudad moderna no es un espacio de unidad de lo diverso, sino un engranaje que achata la heterogeneidad, centralmente, en virtud del intercambio monetario. El dinero es el gran equiparador de las cosas y el medio de vinculación social que despersonaliza los contactos humanos, como mostró Simmel (2013 [1900]) en *Filosofía del dinero*. Se podría decir que, en la urbe moderna, como espacio instrumental de producción fabril, trabajo industrial, intercambio mercantil y tiempo cronometrado, se erosiona la identidad de los lugares en tanto hábitat humano. Al contrario, en la convergencia de las oposiciones, formando una unidad, Simmel vio una configuración espacial de la que emana el valor estético por excelencia, *i. e.*, lo bello. Para decirlo con sus palabras, “en la última cumbre de [la] grandeza estética [de Roma] está el tensionar al máximo todas las contraposiciones para reconciliarse con fuerza redoblada pero contenida en su unidad” (Simmel, 2007b [1898], p. 35). De tal modo, esta ciudad representa una espacialidad única, colmada de sentido. Por otro lado, como se advierte en la estilización de la ciudad que lleva a cabo el sociólogo mismo, la unidad de lo diverso, que caracteriza a la singularidad de esta

urbe, no es un fenómeno definido, centralmente, por su materialidad. “La unidad que forman los elementos de Roma no está en ellos mismos, sino en el espíritu contemplador”, señala Simmel (2007b [1898], p. 33). Hay aquí un contraste, antes bien, un énfasis distinto con otras formas de lo peculiar. De hecho, la excepcionalidad humana y la de este entorno citadino son producto del “efecto recíproco” entre aspectos discordantes, pero mientras la peculiaridad personal, principalmente, es un emergente de la configuración de los grupos modernos, en otros términos, un producto de estructuras objetivas de la realidad, la singularidad de Roma depende, sobre todo, de la síntesis que realiza un contemplador. La excepcionalidad de esta configuración espacial aflora en el terreno de las vivencias. Aquí es necesario diferenciar a lxs turistas y lxs viajers. Quien turisteo capta solo puntos aislados, fragmentos, sin poder componer la totalidad de sentido que trasciende a cada elemento particular. Por eso, señala Simmel (2007b [1898]) que “el turista típico es más insoportable y antiestético en Roma que en cualquier otro lugar: porque su atención se centra únicamente en las «atracciones» individuales” (p. 29). Lxs viajers, por el contrario, son aquellxs que pueden vivir la unidad de la ciudad a través de sus opuestos. De hecho, lxs turistas típicxs a lxs que refiere Simmel no son más que lxs habitantes de la urbe vacacionando. Pues la experiencia de lo fragmentario es característica de la vida citadina moderna con su ininterrumpida sucesión de impresiones sensibles, que genera neurastenia, sugirió Simmel (1998 [1903]). Hoy diríamos ansiedad, estrés, *burnout*... Ahora bien, ha de notarse un detalle: aunque la singularidad romana es una vivencia, no cualquier constelación material urbana se presta a adquirir el colorido de lo excepcional. Al respecto se lee en Simmel (2007b [1898]) que la peculiaridad de esta ciudad italiana reside en este contexto espacial “como posibilidad, pero todavía no como hecho real” (p. 33). Entonces, se trata de una cuestión de énfasis: en la constitución de la individualidad, Simmel subraya la gravitación de las estructuras sociales objetivas, mientras que en la configuración de la peculiaridad romana hace hincapié en la subjetividad contempladora, aunque lo excepcional, al menos virtualmente, está *in re*. Dicho esto, si el tono de la individualidad es una cualidad equitativa y generalmente distribuida entre los seres humanos modernos –como ya dije: todxs somos individuos, al menos, como resultado del “cruce de los círculos sociales”–, Roma hay una sola. Su singularidad, igual que la de la obra de arte, tiene un plusvalor: lo escaso.

Ciertamente, purificada de sus aspectos modernos, a los que Simmel, por decirlo de manera fenomenológica, aplica una *epojé*, pone “entre paréntesis”, esta urbe italiana representa para el sociólogo la “ciudad-arte” [*Kunststadt*] (Portioli, 2018, p. 477. Mi traducción). En efecto, de esta urbe podría decirse lo mismo que de las obras de arte: Roma es un hecho único en la historia humana, una hipersingularidad. Sin esta ciudad nuestro devenir, probablemente, hubiera sido distinto. Como se dijo en la sección previa, el valor de escasez de esta urbe alude a su trascendencia humana. Roma es la fuente no solo de concepciones estéticas, sino filosóficas, jurídicas, políticas, etcétera. Entonces, la vivencia de esta espacialidad, creada mediante el artificio que propone Simmel a través de su escritura, tiene un carácter crítico, disonante, frente a la tendencia a la racionalización capitalista. Así como la obra de arte, Roma abre un horizonte para una vivencia alternativa en el marco de la alienación moderna, con sus espacios despersonalizados, producidos en serie, con un carácter funcional.

4.2. El presente utópico

La conocida pieza ensayística que Simmel (2002d [1911]) tituló *La aventura* explora diferentes aspectos de la singularidad temporal. La aventura abre un hiato en la vida cotidiana moderna y rutinaria. Se trata de un *Ereignis*, un acontecimiento, que pone

en jaque a la tendencia a la racionalización creciente. En contraste con la sucesión de momentos homogéneos de la temporalidad cronometrada e instrumental de los negocios y los compromisos impersonales, la aventura es un presente que irradia sentido, que corta los lazos con el pasado y el futuro. En la obra del berlinés, la aventura se presenta como un punto de fuga frente a la tendencia al avance de la racionalización instrumental. Simplemente, es su otro. Por eso, dice el sociólogo que “al hombre sensato el proceder aventurero le parece con frecuencia cosa de locos” (Simmel, 2002d [1911], p. 28). De ahí que la aventura tenga un carácter, en cierto modo, utópico: “Es como una isla en la vida” (Simmel, 2002d [1911], p. 20).

A propósito, del mismo modo que las otras formas de la singularidad –con excepción de la peculiaridad de los pequeños grupos, que aglutinan elementos homogéneos–, la aventura se constituye por el “efecto recíproco” entre aspectos discordantes. Por un lado, pone en relación lo “accidental-exterior” y lo “necesario-interior” (Simmel, 2002d [1911], p. 24). Ocurre en un presente efímero, pero, a diferencia de los momentos epidérmicos, despojados de significado, que rozan superficialmente las fibras internas de la persona, condensa la totalidad del sentido de una vida. Por otro lado, engarza la actividad y la pasividad, o sea, lo que conseguimos en virtud de nuestras fuerzas y lo que es producto de la contingencia. De este modo, contrasta con el trabajo, que supone una conexión estructurada e instrumental con la realidad. En este presente puro se disfruta el instante, se siente su intensidad, con independencia de que logremos algo o no. Es un ahora sin orientación teleológica, de ahí su clausura frente al futuro. Por último, en este fenómeno se cruza la seguridad con la inseguridad. Así, señala Simmel (2002d [1911]) que “el aventurero [...] trata lo incalculable de la vida de manera idéntica a como nosotros nos comportamos con lo totalmente calculable” (p. 27). En efecto, la certidumbre aventurera no se basa en ninguna evidencia factual, en ese caso, se trataría de un fenómeno en el que, en cierto punto, ha penetrado la razón. En el episodio aventurero, nuestra seguridad no se apoya en el raciocinio, en cálculos probabilísticos, en balances contables, sino en la confianza en las propias fuerzas, seguridad que, asimismo, se sostiene en la entrega ilógica y fatalista al destino, que la persona supone favorable, aún sin tener pruebas en los hechos. El pensamiento mágico, irracional, guía el obrar aventurero.

Dicho esto, a través de las analogías que Simmel bosquejó entre la aventura y otros fenómenos, en el significado que este presente radical tiene para la vida individual, pueden detectarse otros destellos de sentido. De este modo, en primer lugar, la aventura tiene una connotación estética. El objeto artístico constituye un todo cerrado, por ejemplo, en la pintura, el marco es un límite frente al entorno espacial. Sin embargo, la obra de arte lograda es un fragmento de la realidad que tiene un valor simbólico: para el ojo entrenado, deja ver los rasgos de una época de la historia humana. En palabras de Simmel (2002d [1911]):

Puesto que una parte de la existencia inserta en su ininterrumpida continuidad es percibida, sin embargo, como un todo, como una entidad cerrada, he aquí la forma común a la obra de arte y a la aventura. Y debido a ella las dos, aun con toda la unilateralidad y accidentalidad de sus contenidos, son percibidas como si de alguna manera toda la vida se resumiese y se agotase en cada una (pp. 20-21).

En segundo lugar, la aventura tiene un componente lúdico. Cuando participamos de algún juego, tenemos la vaga sospecha de que el azar nos será favorable: contaremos con mejores cartas que el adversario; nos tocarán las piezas blancas en una partida de ajedrez –el único instante incierto del así llamado “juego ciencia”–; el lance de dados

nos beneficiará. También confiamos en que nuestra astucia y pericia nos llevará a la victoria. Esta actitud es compartida por lxs jugadorxs y lxs aventurerxs. Finalmente, se podría decir que hay cierta sensualidad en la aventura. De hecho, un encuentro erótico puede ser efímero y, aún así, encerrar un significado profundo para lxs amantes. A su vez, implica un posicionamiento activo, el intento de seducir a la otra persona, pero una dosis importante de incertidumbre, de aceptación pasiva del desenvolvimiento de una situación, que no es totalmente manejable, pues “todo amor [...] es un regalo, algo que no se puede «ganar»”(Simmel, 2002d [1911], p. 31). En resumen: en la aventura, como presente disruptivo y cargado de sentido, hay connotaciones estéticas, lúdicas y sensuales.

Un contraste entre esta temporalidad y otras formas de lo peculiar tratadas más arriba es que la aventura es un fenómeno puramente subjetivo, aún en mayor grado que la excepcionalidad romana. Aquí el énfasis está puesto por completo en la subjetividad. La aventura, observa Simmel (2021 [1911]), “es una *forma de vivenciar*” (p. 179. Mi traducción, énfasis en el original). Se trata de un instante temporal que puede adoptar cualquier contenido, de hecho, solo está definido por los antagonismos y la intensidad del momento vivido.

Asimismo, esta temporalidad descolante, del mismo modo que la singularidad humana y grupal, carece del valor de escasez impreso en la peculiaridad espacial de la urbe romana y en la unicidad de la obra de arte. Así como todxs somos individuos, todxs “[s]omos los aventureros de la tierra” (Simmel, 2002d [1911], p. 40). De acuerdo con Simmel, “toda vivencia singular contiene algún grado de determinaciones que a partir de cierto nivel permiten alcanzar el «umbral» de la aventura” (p. 37). En este *Ereignis* aparecen con trazos más gruesos elementos que componen cualquier vivencia humana, incluso la más precavida, como muestra Hans-Georg Gadamer (1993 [1960]) en un breve comentario sobre Simmel en *Verdad y método*. En este sentido, la interpretación que hace Giorgio Agamben (2018) sobre el concepto de aventura del clásico de la sociología parece, cuanto menos, sesgada. El pensador italiano señala que “[l]a idea de que la aventura es algo extraño –y, entonces, algo excéntrico y extravagante– en relación a la vida ordinaria define su concepción moderna. Esta idea también está presente en el ensayo, tan lúcido, que Simmel le dedica al tema” (pp. 35-36). Es cierto que la aventura implica un extrañamiento, pero también, si se piensa de modo gradual, como propone Matthieu Amat (2018), entonces, hay que encontrar la aventura en germen en cualquier situación humana. El siguiente pasaje del ensayo La aventura (Simmel 2002d [1911]) es ilustrativo:

Desde la empresa más burguesa y cauta hasta la aventura más irracional hay una serie continua de fenómenos vitales [...]. El hecho de que la aventura caracterice uno de los extremos de esta serie hace, precisamente, que el otro también tenga algo de su propio carácter (p. 39).

Se puede afirmar, por tanto, que la aventura tiene notas utópicas, pero se trata de una alteridad siempre latente. Tras estas reflexiones, pasaré a examinar un fenómeno intrínsecamente vinculado con la aventura: el vínculo sexoafectivo.

5. Eros y singularidad

En otras ocasiones, he interpretado algunos aspectos de la teoría de Simmel sobre el amor (Lewkow, 2022; 2023). Aquí el objetivo es dar cuenta de su perspectiva en torno a los lazos eróticos en el contexto más amplio de la problematización de los fenómenos singulares. Así, puede señalarse que el erotismo es terreno fértil para diversas formas de la singularidad: en primer lugar, en la modernidad, junto al campo

del arte, es el ámbito por antonomasia para el despliegue de la individualidad personal; en segundo lugar, el encuentro amoroso suele definirse por la alteridad temporal y espacial; en tercer lugar, la relación íntima es aquella que, habitualmente, lleva la coloración de lo excepcional. Estos aspectos –al menos en la óptica de Simmel– convierten al erotismo en un fenómeno que está en las antípodas de la racionalidad instrumental que guía las relaciones mercantiles modernas.

De tal modo, mientras la división del trabajo fragmenta a las personas al colocarlas en funciones anónimas en las que son reemplazables y en el intercambio monetario nos conectamos con otros de manera impersonal, el vínculo amoroso apunta a la totalidad de las dimensiones que constituyen a un ser humano, dimensiones que lo convierten en un entidad única e incommensurable, *i. e.*, singular. Como se lee en *Der platonische und der moderne Eros* [El eros platónico y el eros moderno], uno de los escritos póstumos de Simmel (2004a [1923]), “[l]as características de una persona pueden ser muy valiosas, pero el sentimiento [amoroso] se dirige hacia la unidad y la totalidad subyacente” (p. 186. Mi traducción). Asimismo, en *Sociología*, subraya Simmel este aspecto de los nexos eróticos: “El carácter «íntimo» de una relación parece fundado en la inclinación individual a considerar cada cual que lo que le distingue de otros, la cualidad individual, es el núcleo, valor y fundamento principal de su existencia” (Simmel, 2014 [1908], p. 166).

Ahora bien, como se anticipó, las conexiones sexoafectivas no solo singularizan a las personas, a su vez, el encuentro amoroso tiene el matiz de lo disruptivo, en sentido espacial y temporal. De tal modo, lo que define a la cita es su “carácter de singularidad” (Simmel, 2014 [1908], p. 613). El lugar en el que ocurre el encuentro lleva la impronta de lo particular en el recuerdo: aquel café, esa sala de cine, aquella habitación de hotel... Por cierto, esta interpretación de la cita, que ofrece Simmel en *Sociología*, no dista de su descripción de la aventura, aunque en este último caso el énfasis está puesto en la disonancia temporal, mientras que en el *opus magnum* sociológico de Simmel se subraya la peculiaridad de la cita en cuanto a sus coordenadas espaciales. Incluso así, como se sugirió con anterioridad, el erotismo y la aventura, por así decirlo, tienen “afinidades electivas”. Para Simmel, ninguna otra situación es tan favorable a la aventura como el encuentro amoroso. Y su temporalidad tiene las mismas características que aquella: cuando el nexo íntimo es efímero, pero significativo, combina “el entusiasmo culminado de forma momentánea y que se desploma abruptamente, y lo imperecedero, en cuya idea cobra expresión temporal la mística destinación de dos almas, la una a la otra y a una unidad superior” (Simmel, 2002d [1911], p. 32).

Finalmente, junto al realce de la peculiaridad personal y la singularización del espacio y el tiempo del encuentro amoroso, el erotismo particulariza al nexo social mismo. En efecto, advirtió el Simmel (2004a [1923]) tardío que “[t]iene que haber algo así como una ley individual de la erótica; en la relación incomparable de individuos incomparables hay un significado que se ciñe totalmente a ellos” (p. 186. Mi traducción). Este sentido propio, particular, cualitativo de cada enlace amoroso contrasta con la normativa impersonal del mercado, que rige para todo intercambio indistintamente: la racionalidad calculante, *i. e.*, el precio. Sobre esta base, Simmel vio en el fenómeno de la prostitución una degradación del nexo erótico y de las personas. La intervención del circulante monetario en el terreno de lo sexoafectivo tiene un carácter alienante: convierte una relación particular en un vínculo anónimo y a las personas en equivalentes, en otros términos, en la prostitución “la mujer [...] pierde la condición de peculiaridad” (Simmel, 2013 [1900], p. 449).² A la luz de la tendencia

² En la problematización simmeliana de la prostitución entran consideraciones esencialistas sobre el género masculino y el género femenino. Para señalarlo de modo sucinto, el sociólogo sostiene que en el

moderna a la racionalización creciente, en gran medida motorizada por la difusión de la economía monetaria, el erotismo es un hecho irracional. A propósito, Weber, cuya óptica de la modernidad ha recibido el influjo de Simmel, interpretó los nexos amorosos de la misma manera. Así, en su ya comentado Excurso (Weber, 1987 [1920]), sostuvo que el erotismo representa “el mayor poder irracional del mundo” (p. 546). Y, con mayor detalle, advirtió que, en el contexto del vínculo íntimo, “el amante se siente injertado en el núcleo de lo auténticamente viviente [...] y se sabe sustraído tanto a las frías manos esqueléticas de las estructuras racionales como al embotamiento de la vida cotidiana” (p. 550). Para los dos clásicos de la sociología, en el terreno de lo sexoafectivo, lo que se pone en juego es la singularidad. De lo que se trata es del “significado incomparable que esta persona tiene en su irracionalidad para esta otra y solo para esta otra” (Weber, 1987 [1920], p. 550).

Al respecto, del mismo modo que otras formas de la singularidad, el erotismo tiene un fuerte anclaje en la subjetividad. De hecho, en la perspectiva simmeliana, el amor no depende de ninguna característica empírica del alter ego. Pues la persona amada es construida por el sentimiento amoroso, de modo que así como alter es “mi representación”, también es “mi amor”, se lee en el ensayo póstumo titulado *Über die Liebe* [Sobre el amor] (Simmel, 2004b [1923], p. 124. Mi traducción). De todos modos, nuevamente aquí es necesario dar cuenta de un matiz. Aunque es una experiencia fuertemente subjetiva, en el vínculo amoroso hay un componente estructural y objetivo, que le da el tono de lo singular: la cantidad de integrantes. Al conceptualizar el erotismo, dado el contexto histórico, que Simmel no trasciende en este caso, tiene en mente la diada heterosexual propia del amor romántico. De tal modo, desde su óptica, la intimidad es la nota distintiva del nexo entre dos. Aquí están frente a frente los seres humanos, sin que se interponga una unidad social superior que vaya más allá. Así, sostuvo Simmel (2014 [1908]) en *Sociología* que “lo que caracteriza la fina estructura de los grupos de dos, es que su sentido más intenso quedaría interrumpido por un tercero” (p. 167). Claramente, la mirada del clásico está sesgada por una concepción del erotismo puesta en cuestión en los últimos tiempos. Al respecto, cabe preguntarse si, tal vez, las “relaciones abiertas” y “poliamorosas” no son también capaces de singularizar a las personas. Por otro lado, al teorizar la diada heterosexual, como sucede con casi todas las formas de lo singular, la relación erótica, en términos de género, implica la conexión –el “efecto recíproco”– de lo diverso: un “cisvaron” y una “cismujer”, diríamos actualmente al luz de los debates sobre temas de género. De todos modos, tratando de ir más allá de Simmel y sus limitaciones, ha de notarse que, si el vínculo amoroso constituye un espacio de resguardo de la individualidad frente al anonimato moderno, se desprende de la teoría del berlinés, que todo tipo de vínculo amoroso, no solo la relación heterosexual, enlaza lo heterogéneo: siempre se trata de la conexión de seres humanos individuales, o sea, singulares.

6. Conclusiones

En las páginas anteriores se ha mostrado un catálogo de hechos singulares que le interesaron al clásico alemán: el ser humano, los colectivos pequeños y compactos, la obra de arte, la urbe romana, la aventura y el nexo amoroso. Ciertamente, estos son fenómenos de una gran complejidad, ostentan similitudes, pero también marcadas diferencias. Como cierre de este artículo voy a resumir algunos de los temas tratados y

encuentro carnal heterosexual el varón entrega solo una parte de su ser, mientras que la mujer entrega todo su ser. Desde luego, esta concepción sustancialista ha de ponerse en cuestión, sobre todo, en el marco de una perspectiva como la de Simmel que intenta desmontar las miradas reificantes de lo social. Sobre la temática de género en Simmel, *cfr.* Klinger (2018) y Lewkow (2022).

sus conexiones. Desde luego, algunos matices habrán de ser dejados de lado para obtener una imagen de conjunto. En primer lugar, la mayoría de los fenómenos examinados ostentan un carácter crítico frente a la tendencia al avance de la racionalización instrumental: es así con la obra de arte, la vivencia excepcional de la urbe romana, la temporalidad disonante de la aventura y el vínculo erótico. Por su parte, la peculiaridad personal tiene un carácter ambiguo frente a la racionalidad moderna. Por un lado, es producto de una racionalización del modo en que se organizan los grupos, pero, por otro, en tanto el “cruce de los círculos sociales” da lugar a combinaciones de roles azarosas, es irracional: cómo se es individuo es incalculable. Y mantener esta policromía de lo individual es una de las preocupaciones de Simmel en una modernidad cada vez más estandarizada. Como contrapunto, el particularismo de las zonas rurales y los pueblos es visto por el berlinés como un fenómeno regresivo que pone un dique a la individuación de las personas. En segundo lugar, la mayoría de las formas de lo singular analizadas están constituidas por el “efecto recíproco” entre elementos heterogéneos. La singularidad de los pequeños colectivos es la única de estas entidades cuya composición interna es homogénea, ya que cancela la individualidad personal en pos de la “individualidad colectiva”. En tercer lugar, hay dos fenómenos cuya singularidad tiene un plusvalor: el de lo escaso. Se trata de la unicidad de la obra de arte y de la urbe romana, de una trascendencia histórica y cultural inconmensurable. A estas entidades las llamé hipersingulares para distinguirlas del resto. Finalmente, observamos que algunos de los fenómenos tratados tienen como raíz, sobre todo, la subjetividad, y otros pertenecen, más bien, al reino de lo material. En el evento aventurero, la espacialidad romana y el nexo erótico la subjetividad tiene una gran peso como fuente constitutiva, mientras que la individualidad personal y colectiva, principalmente, son producto de condiciones objetivas. Únicamente la obra de arte es una amalgama, equilibrada, de aspectos subjetivos y objetivos. El tema de lo singular, en último término, tiene que ver con el sentido: estético, ético, lúdico, sensual.

Ahora bien, cabe preguntarse en estas líneas finales cuál es la actualidad del problema de este artículo teniendo en cuenta que los escritos de Simmel tienen más de cien años. Desde luego, solo podemos ensayar una respuesta tentativa. A tales efectos, me voy a valer del planteo de Reckwitz, que mencioné en diversas partes de este artículo. En *Die Gesellschaft der Singularitäten* [La sociedad de las singularidades], muestra Reckwitz (2017) que, del lugar marginal en el que está lo singular, frente a lo estandarizado, en gran parte de la modernidad, actualmente, pasa a primer plano. En la modernidad tardía los hechos singulares pueblan la vida social de punta a punta: en un contexto de competencia por la visibilidad y la atracción, todas las ciudades globales apuntan a ser como la Roma que describió Simmel. Así, observa Reckwitz que “[c]iudades que vale la pena visitar, como Venecia y París, con su imagen urbana y la de sus calles, su atmósfera y las asociaciones y recuerdos vinculados a ellas, son prototipos históricos de lugares con una «lógica propia»” (p. 61. Mi traducción). Un indicio de este cambio de la concepción de la vida urbana es que las grandes ciudades actuales desarrollan un “*city branding*”. De igual modo, por mencionar otro ejemplo, las obras de arte ya no son los únicos objetos singulares. En el capitalismo contemporáneo, de acuerdo con Reckwitz (2017), las mercancías trascienden la condición del medio para un fin y se transforman en “entidades culturales, que obran de manera afectiva” (p. 59. Mi traducción). Entonces, la economía actual tomó la forma de un capitalismo cultural, en el que las empresas intentan que sus productos, más allá de su carácter instrumental, despierten emociones y tengan un sentido estético, ético, lúdico y/o narrativo. Esto indica que poner el foco en el tema de la singularidad puede ser una vía de acceso para la comprensión de nuestra sociedad actual. Y, en esta pesquisa, la óptica de Simmel

puede constituir un recurso teórico fundamental. De hecho, Reckwitz (2017) se vale de la obra del berlinés para explicar la singularidad del ser humano tardomoderno. En concreto, sostiene que en los “me gusta” así como en los perfiles que seguimos y que nos siguen en las redes sociales “se hacen visibles los círculos sociales *à la* Simmel en el mundo digital” (p. 251. Énfasis en el original, mi traducción). De hecho, según Reckwitz, en el capitalismo contemporáneo, lo singular ya no tiene un carácter crítico frente a la tendencia a la racionalización instrumental. La técnica –actualmente, digital– es condición de posibilidad para el despliegue de lo singular: Internet es la arena donde las personas, las mercancías, las ciudades, etc., compiten para ser reconocidas como singulares. Reformulando la vieja sentencia cartesiana, se podría decir: “Publico en Instagram y TikTok, luego existo”.

7. Bibliografía

- Adorno, T. W. (1983). *Teoría estética* (Trad. F. Riaza). Ediciones Orbis. (Trabajo original publicado en 1970).
- Agamben, G. (2018). *La aventura* (Trad. M. Ruvituso). Adriana Hidalgo Editora.
- Benjamin, W. (2019). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (Trad. F. Santos). Ediciones Godot. (Trabajo original publicado en 1936).
- Amat, M. (2018). Abenteuer [Aventura]. En H.-P. Müller y T. Reitz (Eds.), *Simmel-Handbuch. Begriffe, Hauptwerke, Aktualität* [Manual Simmel. Conceptos, obras principales, actualidad]. (pp. 93-98). Suhrkamp.
- Durkheim, É. (1995). *La división del trabajo social* (Trad. C. Posada). Akal Ediciones. (Trabajo original publicado en 1893).
- Gadamer, H.-G. (1993). *Verdad y método I* (Trad. A. Agud Aparicio y R. de Agapito). Ediciones Sígueme. (Trabajo original publicado en 1960).
- Klinger, C. (2018). Simmels Geschlechtertheorie zwischen kritischer Beobachtung und Metaphysik [La teoría de género de Simmel entre la observación crítica y la metafísica]. En H.-P. Müller y T. Reitz (Eds.), *Simmel-Handbuch. Begriffe, Hauptwerke, Aktualität* [Manual Simmel. Conceptos, obras principales, actualidad]. (pp. 828-843). Suhrkamp.
- Lewkow, L. (2022) Los escritos tardíos de Georg Simmel: Eros, vida y diferenciación. *Entramados y Perspectivas*, 12 (12), 630-660.
- Lewkow, L. (2023), Reflexiones sobre las apps de citas a partir de Georg Simmel y Eva Illouz. En M. Mallamaci y H. Borisonik (Eds.), *Las economías digitales como hecho social total. Escala, perspectivas e intersticios* (pp. 60-75). Universidad Nacional de San Juan y Universidad Nacional de San Martín.
- Müller, H.-P. (2018). Individualisierung, Individualismus und Individualität [Individualización, individualismo e individualidad]. En H.-P. Müller y T. Reitz (Eds.), *Simmel-Handbuch. Begriffe, Hauptwerke, Aktualität* [Manual Simmel. Conceptos, obras principales, actualidad]. (pp. 296-303). Suhrkamp.
- Portioli, C. (2018). Rom [Roma]. En H.-P. Müller y T. Reitz (Eds.), *Simmel-Handbuch. Begriffe, Hauptwerke, Aktualität* [Manual Simmel. Conceptos, obras principales, actualidad]. (pp. 475-480). Suhrkamp.
- Reckwitz, A. (2017). *Die Gesellschaft der Singularitäten* [La sociedad de las singularidades]. Suhrkamp.
- Simmel, G. (1986). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En G. Simmel, *El individuo y la libertad* (pp. 247-261). Península. (Trabajo original publicado en 1903).
- Simmel, G. (2001). *Intuición de la vida. Cuatro capítulos de metafísica* (Trad. J. Rovira Armengol). Grupo Editor Altamira.

- Simmel, G. (2002a). La moda. En G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos de estética* (Trad. G. Muñoz y S. Mas) (pp. 41-86). Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1911).
- Simmel, G. (2002b). El concepto y la tragedia de la cultura. En G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos de estética* (Trad. G. Muñoz y S. Mas) (pp. 317-360). Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1911).
- Simmel, G. (2002c). Miguel Ángel. En G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos de estética* (Trad. G. Muñoz y S. Mas) (pp. 205-239). Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1911).
- Simmel, G. (2002d). La aventura. En G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos de estética* (Trad. G. Muñoz y S. Mas) (pp. 17-41). Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1911).
- Simmel, G. (2003). *Cuestiones fundamentales de sociología* (Trad. Á. Ackermann Pilarí). Gedisa Editorial. (Trabajo original publicado en 1917).
- Simmel, G. (2004a). Der platonische und der moderne Eros [El eros platónico y el eros moderno]. En G. Simmel, *Postume Veröffentlichungen. Schulpädagogik* [Escritos póstumos. Pedagogía escolar] (pp. 176-191). Suhrkamp. (Trabajo original publicado en 1923).
- Simmel, G. (2004b). Über die Liebe. En G. Simmel, *Postume Veröffentlichungen. Schulpädagogik* [Escritos póstumos. Pedagogía escolar] (pp. 116-175). Suhrkamp. (Trabajo original publicado en 1923).
- Simmel, G. (2007a). *Roma, Florencia, Venecia* (Trad. O. Strunk). Gedisa Editorial.
- Simmel, G. (2007b). Roma. En G. Simmel, *Roma, Florencia, Venecia* (Trad. O. Strunk) (pp. 25-35). Gedisa Editorial. (Trabajo original publicado en 1898).
- Simmel, G. (2013). Filosofía del dinero (Trad. R. García Cotarelo). Capitán Swing. (Trabajo original publicado en 1900).
- Simmel, G. (2014). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (Trad. J. Pérez Bances). Fondo de Cultura Económica.
- Simmel, G. (2017). *Sobre la diferenciación social. Investigaciones sociológicas y psicológicas* (Trad. L. Lewkow). Gedisa Editorial. (Trabajo original publicado en 1890).
- Simmel, G. (2021). Das Abenteuer. En G. Simmel, *Hauptprobleme der Philosophie. Philosophische Kultur* (pp. 168-185). Suhrkamp. (Trabajo original publicado en 1911).
- Simmel, G. (2022). *Introducción a la ciencia de la moral. Una crítica de los conceptos éticos fundamentales* (Trad. L. Lewkow). Gedisa Editorial. (Trabajo original publicado en 1892/93).
- Weber, M. (1987). Excurso. Teoría de los estadios y direcciones del rechazo religioso del mundo. En M. Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión I* (Trad. J. Almazan) (pp. 527-562) Taurus. (Trabajo original publicado en 1920).

* * *

Lionel Lewkow es doctor en Ciencias Sociales y licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Es investigador del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Es profesor de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Autor del libro *Luhmann, intérprete de Husserl. El observador observado* (Miño y Dávila, Buenos Aires, 2017) y traductor de las obras de Simmel tituladas *Sobre la diferenciación social* (Gedisa, Barcelona, 2017) e *Introducción a la ciencia de la moral* (Gedisa Barcelona, 2022).